

El mérito de *Babbitt* es haber caracterizado eternamente al americano del montón, que no es malo en sí, pero está condenado a una existencia que deriva de una organización social despiadada. Como Jorge Babbitt hay millares de ciudadanos que quizá han sentido, en un momento de nobleza, una actitud rebelde y libertadora. Sinclair Lewis ha recogido su fisonomía en una caracterización perdurable. Es la novela broncínea de la burguesía yanqui. No conocemos fuera de *Elmer Gantry*, del mismo autor, de la *Tragedia Americana* de Dreisser y de *Rahab* de Waldo Frank, páginas tan humanas y emocionantes, a pesar de la caparazón realista que las cubre. La piedad ha logrado, esta vez, conmover al determinismo de su autor, cuya obra novelesca, sin disputa, significa lo más sólido de las letras norteamericanas de hoy.—Ricardo A. Latcham.

— — —

LOS HOMBRES EN LA CÁRCEL, por
V́ctor Serge.

Lémos el nombre de V́ctor Serge, por primera vez, en el libro *Rusia al desnudo*, de Panait Istrati.

He encontrado aqú a dos escritores franceses, Pedro Pascal y V́ctor Serge, que viven en Rusia desde hace largo tiempo, dice Istrati en aquel libro, V́ctor Serge es anarquista y estaba en Rusia traduciendo al franćs las obras de Lenin.

Tales eran las noticias que Istrati daba de él. Ahora, su libro

Hombres en la cárcel (1) nos permite conocer la obra de este hombre. *Hombres en la cárcel* es una novela autobiográfica: la vida de Serge en los presidios franceses durante cinco años. Más que una novela, es un libro de psicología presidiaria, un conjunto de cuadros en que se muestra la vida del presidio en toda su amplitud: los hombres y el sistema. La anécdota está ausente de este libro; no se cuenta en él ninguna historia judicial ni criminal. Serge observa al hombre desde que entra al presidio hasta que sale, sus preocupaciones, sus reacciones, las relaciones de los presos entre sí y entre ellos y los hombres que los vigilan.

Todos los hombres que han conocido de veras la cárcel saben que ésta puede extender sus agobiadoras garras mucho más allá de sus muros materiales. Hay un minuto en el que aquellos cuya vida ha de triturar sienten con una precisión terrible desaparecer todo presente, toda realidad, toda actividad—todo lo que constituye su vida real—a la vez que se abre un nuevo camino por el que se penetra dando traspies de angustia. Este minuto glacial es el de la detención.

Al narrar el momento de su detención, dice:

Como se dice que les sucede a los ahogados, vi sucederse con prodigiosa instantaneidad en la pantalla interior imágenes deshilvanadas: trozos de calles, un vagón del metro, el andamio entrevisto horas antes.

Tal es el tono del libro. Al salir de la cárcel, V́ctor Serge se había

(1) Editorial Cenit. Madrid, 1930.

comprometido consigo mismo y con los demás presos a escribir la vida que llevan en el presidio.

Tenía que redimirme de esta deuda, llevar a cabo esta tarea antes que ninguna otra. Cuando en la cárcel me resistía a la tuberculosis, al requebramiento, a la tristeza, a la miseria moral de los hombres, a la ferocidad de los reglamentos, veía ya una especie de justificación de este viaje infernal en la posibilidad de describirle. Entre los miles de miserables triturados por la cárcel —¡una cárcel que pocos conocen!— yo era, sin duda, el único que pudiera intentar un día decirlo todo. Ello me imponía un duro deber. No podía escribir otra cosa antes de haberlo cumplido.

Serge ha pagado esa deuda en forma magistral.—*M. R.*

POESIA

ANDINA, POEMAS LATINOS, por *Hipólito Galante*.

No sé por qué se le ocurre a uno a primera vista que es cosa anacrónica y estrafalaria la publicación de un libro de versos latinos en esta época del radio y del auto; parece que no se aviene la resurrección de los manes de Virgilio, Ovidio y Horacio con la prosa y positivismo imperantes actualmente en la vida.

Y sin embargo no es así. Y aparte de que la cultura humanística no morirá nunca mientras haya espíritus selectos, por si así no fuera, no faltan herederos del espíritu del Lacio que nos retrotraigan de cuando en cuando al siglo de oro virgiliano. Esta vez ha sido precisamen-

te un hijo oriundo de la Roma inmortal, quien nos ha querido regalar con la exquisitez de la miel hiblea y la frescura de la fuente de Castalia.

El profesor del Instituto Pedagógico don Hipólito Galante acaba de publicar un libro de versos latinos, elegantemente impreso, en el que su autor nos revela desde luego un profundo conocimiento de la hermosa lengua de Cicerón y unas aptitudes poco comunes para pulsar la lira del inmortal poeta venusino. El hecho sólo de acometer tan rara empresa es sencillamente admirable y coloca a su autor en sitio decoroso en el Gradus ad Parnassum.

Andina llama el señor Galante a su libro de versos porque, fuera de la oda a Mussolini, lo dedica íntegro a cantar glorias de personajes de aquende los Andes.

Confieso abiertamente que en el momento que cayó *Andina* en mis manos se apoderó de mí primero el asombro, luego la esperanza de un deleite espiritual intenso y en seguida una curiosidad irrefrenable. Quería, necesitaba ver por mis propios ojos la extraña publicación de un nuevo poeta latino, *rara avis!* Y devoré las páginas de *Andina*. Desapareció mi asombro, satisfice mi curiosidad, aun cuando el placer declaro no fué tan intenso como le esperaba. Y es que en las disciplinas humanísticas, los que poco o mucho hemos seguido las normas del mismo precepto horaciano:

Vos exemplaria vatum
Nocturna versate manu, versate
[diurna,